

ÍNDICE

Introducción.....	9
Proemio. Cristo ya lo advirtió.....	17
PRIMERA PARTE. Entre la fe y la razón	19
Más de 100.000 muertos al año	21
La nueva visión de la libertad religiosa: del Vaticano II a Benedicto XVI.....	27
Y el planteamiento desde el mundo civil y de los derechos humanos	35
Massimo Introvigne: “Si no hay equilibrio entre la fe y la razón surge la violencia”.....	41
SEGUNDA PARTE. La persecución violenta.....	47
Panorámica de la persecución	49
La persecución en el mundo islámico.....	53
En la India, Sudeste Asiático y países comunistas.....	81
TERCERA PARTE. Mobbing al cristiano en Occidente.....	91
Un hostigamiento constante, pero sin estridencias	93
¡A por el Papa! Pederastia, cuervos, filtraciones.....	95
Intolerancia y marginación en Europa.....	113
Hostilidad y discriminación en España.....	131
Estados Unidos: brotes de intolerancia en el paradigma de la libertad religiosa	167
Silencio culpable de los medios y las instituciones occidentales.....	177
CUARTA PARTE. Relativismo y exigencia de derechos.....	185
Causas múltiples de la intolerancia anticristiana	187

El relativismo y su intolerancia solapada	207
¿Debe el cristiano reivindicar sus derechos?	215
Bibliografía.....	217
Índice onomástico.....	225

INTRODUCCIÓN

El 1 de marzo de 2012, el observador permanente de la Santa Sede ante la Oficina de las Naciones Unidas y otras Organizaciones Internacionales en Ginebra, cardenal Silvano Maria Tomasi, denunciaba que “los ataques terroristas contra los cristianos en África, Oriente Medio y Asia han aumentado un 309 por ciento desde 2003 a 2010. Casi el 70 por ciento de la población mundial vive en países con graves limitaciones a la fe y a la práctica religiosa, y las minorías religiosas son las que pagan el precio más alto”.

Tal declaración se producía en el curso de la XIX sesión ordinaria del Consejo de Derechos Humanos, en la que el arzobispo recordó que, “en términos generales, las crecientes medidas restrictivas contra la religión atañen a 2.200 millones de personas. Los individuos afectados han perdido la protección de su sociedad, o han experimentado restricciones injustas impuestas por el Gobierno, o bien han sido víctimas de la violencia ocasionada por un fanatismo impulsivo”.

Por otra parte, en la conferencia “Los buenos serán martirizados. Las persecuciones a los cristianos en el siglo XXI”, celebrada en la Universidad Pontificia Lateranense de Roma en septiembre de 2011, se aportaron datos como el siguiente: “cada cinco minutos se asesina en el mundo a un cristiano por razón de su fe. Cada año 105.000 cristianos son condenados al martirio. Un verdadero holocausto del que se habla muy poco”.

Datos contrastados indican que, en los últimos años, el 75 por ciento de las víctimas mortales de persecución por motivos religiosos son cristianos, sobre todo católicos.

Cuando los medios de comunicación occidentales tratan de estos temas suelen hacerlo bajo la referencia de “guerras de religión”. El programa *C'est dans l'Air* (En el Aire) de la cadena de televisión France 5 del 27 de diciembre de 2011 hacía referencia a los “abusos” del término “guerra de religión” que utiliza la prensa occidental “para designar las masacres en masa de las que los cristianos son víctimas en todo el mundo”. Venía a poner las cosas en su sitio. Es destacable que tal distorsión la denunciaran tan abiertamente en la presentación de uno de los programas de debates televisivos más prestigiosos de

Europa, teniendo en cuenta, además, que en un país como Francia el laicismo lo impregna todo. El programa, con la participación de expertos, se emitía solo un par de días después de una matanza producida en una iglesia de Nigeria.

No se escapa de aquel enfoque “abusivo” la prensa española. Informa poco de este tipo de acontecimientos, pero cuando lo hace los titulares suelen ser de “guerra de religión”, “enfrentamientos entre católicos y musulmanes”, o similares, cuando casi siempre se trata pura y lisamente de violenta persecución de musulmanes o hindúes contra cristianos.

“La intolerancia, la discriminación y la persecución a los cristianos de hoy es una emergencia humanitaria que nos afecta a todos. Un problema para la sociedad civil”, afirma Massimo Introvigne, exrepresentante de la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación Europea) en la lucha contra el racismo, la xenofobia y la discriminación, con una especial atención a la intolerancia y discriminación de los cristianos y actualmente coordinador del Observatorio de la Libertad Religiosa italiano. Introvigne es uno de los más destacados expertos del mundo en esta materia, sociólogo, escritor, historiador, fundador del CESNUR (Centro Studi sulle Nuove Religione), la mayor red internacional de investigación sobre religiones en la actualidad.

La persecución violenta contra los cristianos está muy viva en muchos países, en especial en los islámicos o con alta presencia islámica, y de forma más intermitente en la India y otros lugares. Sin olvidar a los regímenes comunistas, que a los ojos occidentales parecen haber desaparecido tras el hundimiento del socialismo real en el Este de Europa y en la URSS, pero que siguen en algunos países. La persecución más intensa continua en Corea del Norte, pero ahí está China o, aún, Cuba. En la citada conferencia de septiembre de 2011 en Roma, el P. Bernardo Cervellera, experto en las cuestiones religiosas en los países orientales, afirmaba que “tenemos una imagen turística de China, con grandes rascacielos, y una renta media elevada”, pero allí no se respetan los derechos humanos y se lleva adelante una persecución religiosa “como no se veía desde los años 50 (del siglo xx)”.

A pesar de tanta persecución en muchos países, el eco es escaso en la mayor parte de medios de comunicación occidentales, y hasta organizaciones como Amnistía Internacional, tan activas respecto a algunas violaciones de derechos humanos, guardan silencio sobre la persecución de los cristianos.

En contraste con los países islámicos, comunistas y algunos otros, en los países occidentales está descartada tal persecución sangrienta. Hubo guerras y enfrentamientos religiosos de gran magnitud en otras épocas, pero no hoy, y la libertad religiosa es un derecho reconocido en las legislaciones de todos los países, aunque pueda haber diferencias en su aplicación de acuerdo con la respectiva tradición religiosa, cultural o configuración del Estado. ¿Significa que la normalidad es absoluta y no existen limitaciones externas? No es así. En Occidente se están generalizando acciones dirigidas, como mínimo, a restringir la religión al ámbito de lo más privado de las personas, expulsándola de toda

presencia en la vida pública. Los cristianos son objeto de una fuerte hostilidad en diversos escenarios de la sociedad, que en algunos casos se refuerza con la discriminación desde las instituciones.

El ilustre jurista hebreo estadounidense de origen sudafricano Joseph Weiler acuñó una palabra: cristofobia. En las democracias occidentales, plurales, hay una hostilidad a menudo callada pero constante con pocas estridencias que merezcan aparecer en la plaza pública, que con el tiempo hace efecto y contra la que es más difícil luchar por parte de los creyentes que cuando se da una persecución abierta. Es una especie de "mobbing", de presión sutil, erosiva, de marginación, de aislamiento. De entrada ya resulta más difícil la identificación del problema y, además, es más complicado reaccionar o denunciar que cuando se da una persecución en toda regla. Es una actuación sibilina. No creo que pueda hablarse de conspiración, pero sí de una disposición hostil muy amplia.

El propio papa Benedicto XVI en su viaje a Inglaterra en septiembre de 2010 decía en uno de sus discursos que "el precio que hay que pagar hoy por la fidelidad al Evangelio ya no es ser ahorcado, descoyuntado o descuartizado. Quienes proclaman la fe en los tiempos actuales deben pagar otro precio: ser excluido, ridiculizado o parodiado. No por ello la Iglesia debe sustraerse a la misión de anunciar a Cristo y su Evangelio como verdad salvadora, fuente de felicidad y fundamento de una sociedad justa y humana".

El Observatorio de la Intolerancia y la Discriminación contra los Cristianos en Europa en su informe de 2010 no quería hablar de "persecución" al referirse a tal situación en Occidente, ya que reservaba tal categoría a regímenes islámicos o comunistas, sino de "intolerancia" cuando los agresores son miembros de la sociedad civil, o de "discriminación" cuando la agresión anticristiana viene dada por la legalidad del país.

Los ejemplos de tales formas de hostilidad son infinitos, empezando por la manera en que muchos medios de comunicación tratan temas que afectan a la Iglesia o los católicos, o cómo silencian determinados asuntos que podrían ser favorables al cristianismo. En la antes citada Conferencia de Roma, el eurodiputado y periodista Magdi Cristiano Allam, de origen musulmán convertido al cristianismo, hizo referencia a que "si se ultraja a otra religión todos se indignan, pero si es el Papa el ultrajado lo llaman libertad de expresión".

También ocurre así en España. Basten algunos ejemplos recientes.

42 maneras de matar a un cura era el título de una performance que se estrenó en 2011 en el festival de teatro Temporada Alta, de Girona, con la perspectiva de pasar luego al Teatre Lliure de Barcelona. Detallaban formas de causar la muerte: llenar el corazón con lejía de alta graduación, colocar tres escorpiones en la boca de un cura, despeñarlo desde lo alto de un campanario, convencerle para que se bañe con una piraña comunista y anticlerical, etc.

Puede entenderse como una boutade, un pasatiempo, y enmarcarlo en la libertad de expresión y el derecho de los artistas a la creatividad. Sugiero, sin

embargo, una reflexión al lector. Sustituya la palabra cura por cualquiera de estas: Homosexual, mujer, judío, musulmán, negro, travesti, transexual.

Conociendo los precedentes, incluso en asuntos menores, no le resultará nada difícil adivinar la convulsión que generaría: protestas airadas de organizaciones gays, grupos feministas, defensores de los derechos humanos, entidades antirracistas, promotores de la libertad sexual, avalados y aplaudidos por no pocos intelectuales y "progres". Páginas de periódicos con grandes titulares, noticiarios de televisión, tertulias de radio al rojo vivo, blogs de Internet, posibles manifestaciones en la calle e incluso interpelaciones parlamentarias. Y no serían de extrañar exigencias de dimisión de cargos públicos por haber permitido tal representación o reclamando que el ministerio fiscal tome cartas en el asunto. Para muestra un botón. El 11 de diciembre de 2012, el juzgado de lo penal número 7 de Palma de Mallorca condenaba a un año y medio de cárcel y una multa de 18.000 euros al exconcejal de la Agrupación Social Independiente (ASI) en Lluçmajor, Joaquín Rabaso, y a su secretaria, Claudia Fallemann, por incitar a la violencia machista al permitir que la web del partido alojase una animación informática en la que se mostraban veinte formas de matar a una mujer.

En el caso real citado, el de las 42 maneras de matar a un cura, ¿qué ocurrió? Indiferencia total de la inmensa mayoría de medios de comunicación, incluidos los locales. Casi ninguno hizo siquiera referencia. Y, por supuesto, ni el menor atisbo de crítica.

Otros hechos: El 20 de marzo de 2011 un grupo de unos 70 jóvenes, en su mayoría chicas, irrumpieron en la capilla universitaria del campus de Somosaguas de la Universidad Complutense de Madrid pronunciando gritos e insultos contra la Iglesia, y una parte de las muchachas se desnudaron de medio cuerpo e hicieron exhibición de actos lésbicos. Casi coincidiendo en el tiempo, entre finales de 2010 y primeros meses de 2011, a lo largo de muchas semanas, en la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona estudiantes anticatólicos impidieron por la fuerza que en la capilla de la facultad se pudiera celebrar la misa que era habitual los miércoles o que asistieran a ella quienes desearan hacerlo.

Los acontecimientos y tensiones del mundo universitario suelen tener bastante proyección en la sociedad y en los medios de comunicación. Pero en el caso barcelonés muy pocos, poquísimos, difundieron lo explicado anteriormente a pesar de que tal coacción se prolongó un par de meses y que la actitud de las autoridades académicas dejó mucho que desear. Del de Somosaguas solo lo citaron algunos medios de Madrid, ni siquiera todos.

Haga de nuevo el lector otra prueba en relación a estos últimos hechos. Sustituya la palabra capilla, o iglesia, por mezquita o sinagoga, o quizás templo budista. Deduzca la reacción y la magnitud informativa.

La asimetría en el trato es absoluta. ¿Por qué? A lo largo de este libro se van a explicar muchos hechos de tónica similar y se intentará profundizar en los motivos no solo del silencio informativo sino también de los porqués de los propios acontecimientos. Se puede anticipar ya algo, aunque no agote las respuestas: las agresiones o muestras de hostilidad que de una u otra forma se realizan contra los católicos y la Iglesia en nuestra sociedad son tan frecuentes, casi cotidianas, que los medios de comunicación no lo reflejan. Ya ni siquiera se detecta como anomalía y, en consecuencia, carece de aquella faceta de "diferente" o "novedoso" que se exige a la noticia. Tampoco se interviene desde instancias públicas para evitarlo. Se ha convertido en algo tan habitual que forma parte del paisaje.

¿Es justo que sea así? ¿Por qué adquieren relieve mediático y social estas agresiones cuando afectan a otras religiones y no a la católica? Al margen de las creencias ¿no es razonable que hechos similares sean tratados igual? En el caso de España hay un aspecto adicional. A pesar de haber disminuido los practicantes, la mayor parte de la población se declara católica, lo que debería otorgarle un plus de interés.

La hostilidad, la discriminación, se manifiesta generalmente en los países de Occidente en acciones relativamente pequeñas si se las compara con las persecuciones sangrientas o los encarcelamientos que se dan en algunos países. Las vulneraciones raras veces llegan ante los tribunales de justicia ordinarios o ante los de Derechos Humanos. Cada una de ellas, valorada individualmente, puede considerarse algo menor, casi irrelevante. La magnitud de la ofensa puede ser pequeña, pero la reiteración continuada de muchos de estos obstáculos puede hacer muy difícil la vida de los cristianos. Este acoso o presión que no se manifiesta en grandes acciones puede llegar a ser devastador al prolongarse en el tiempo.

Tal presión adquiere formas muy diversas, desde la ridiculización hasta someter al silencio, pasando por sofisticadas iniciativas de hostigamiento a través de las redes sociales y restantes instrumentos de internet. Además, se quiere presentar el laicismo y el relativismo moral como única mentalidad compatible con la democracia, con lo que automáticamente se deja de lado a los creyentes. El arzobispo Renzo Fratini, nuncio del Vaticano en España, al inaugurar en la Universidad San Pablo CEU de Madrid las jornadas de "Cristianos y Vida Pública" de 2011 dijo que hay regímenes que "lesionan el derecho a profesar un credo religioso" y que alimentan "no una persecución sangrienta" pero sí "un escarnio cultural de la religión".

Muchos, también el autor de este libro, creen que solo el retorno a una vida cristiana intensa dará el vuelco en sentido positivo a Occidente. Matthew Forde, historiador y exprofesor de la Universidad de Oxford, afirmó en dichas Jornadas de Católicos y Vida Pública que "la degeneración del tejido social en Occidente es achacable a la descristianización" y por ello "urge una re-evangelización para revertir la descomposición de las sociedades occidentales".

En unos pocos países sigue vivo un anticlericalismo, entre ellos en España. Arturo San Agustín, periodista y publicista, autor de libros como *Un perro verde entre los jóvenes del Papa* y *En Tarso ya no suenan las campanas*, manifestaba que "solo en este país nuestro o de algunos existe todavía un anticlericalismo infantil y florido. En la mayoría de países casi todo el mundo sabe que la religión es también cultura. En cuanto a los políticos, sobre todo los socialistas, saben que una de las formas más cómodas y baratas de hacer demagogia es cargar contra la Iglesia, confundiéndola con su jerarquía. Yo nunca olvido una frase de mi padre, que era no creyente pero sí anarquista, utópico claro: «En este país, cuando no sabemos cómo solucionar un problema nos comemos un cura»".

En otros países no es tanto el anticlericalismo como una hostilidad clara a lo que en sí mismo es y representa el catolicismo. Una muestra muy clara de ello es el artículo anticatólico del periodista norteamericano Michael Wolff en *Vanity Fair* del 22 de marzo de 2010. En plena polémica por los casos de pederastia de sacerdotes, que llenaba los medios de comunicación, bajo el título "It's Catholicism Itself, Stupid!" ("El escándalo es el Catolicismo en sí, ¡estúpido!"), Wolff afirmaba que los problemas no radican en los casos de abuso sexual, sino en el propio catolicismo y la Iglesia, a la que presentaba como el peor enemigo de la humanidad.

Los cristianos, los católicos, hemos cometido a lo largo de la historia muchos errores y adoptado actitudes intolerantes contra fieles de otras religiones. Los últimos papas, en especial Juan Pablo II, pidieron perdón en un sinnúmero de ocasiones. Pero hoy los cristianos mantienen la más pacífica actitud en todas partes. Habrá siempre excepciones, como es inevitable, pero en general impera la tolerancia, la comprensión y el respeto a las personas de otras religiones. Aún así, es muy frecuente acusarles de fundamentalistas.

También es de justicia decir que el conjunto de los no creyentes es muy heterogéneo, con sensibilidades muy diversas, y entre ellos hay desde quienes respetan lo sagrado hasta el laicismo más beligerante.

Como autor de este libro creo que no puede aplazarse más la denuncia abierta de la hostilidad contra el cristianismo, sobre todo el catolicismo. Y hacer aflorar ante la opinión pública que, además de una persecución abierta en algunos países, existe una taimada hostilidad de muchos en la sociedad occidental. Una forma tan sibilina de cortar la hierba bajo los pies que muchos cristianos ni siquiera la detectan. Este es uno de los mayores problemas, el no darse cuenta.

La magnitud del problema ha hecho que en los últimos años hayan ido apareciendo algunas organizaciones sensibilizadas que trabajan en ello. Asimismo, la red ha permitido que muchas violaciones de los derechos humanos relacionados con la libertad religiosa no queden en el silencio. Este libro quiere ayudar a ello desde una panorámica global. Sabemos que es nadar a contracorriente, ponerse en el ojo del huracán, pero tenemos el convencimiento de que,

tras décadas de silencio, en los próximos años el tema que aquí se plantea ocupará espacios importantes en la sociedad y en los medios de comunicación. Esperamos haber aportado un granito de arena.

Para acabar, una confidencia personal al lector: Este libro no es solo el resultado de recopilación de información y de testimonios de otros, sumado a la reflexión sobre lo expuesto. Aunque mi testimonio no sea más que una minucia comparado con lo ocurrido a otros, sé de qué escribo. Haber sido objeto de algunas formas de intolerancia y de discriminación, aunque sean pequeñas, ayuda a entender. Por estar al frente de diversas organizaciones familiares y sociales, en calidad de presidente del Grup d'Entitats Catalanes de la Família y otras, manifesté públicamente en diversas ocasiones que el "matrimonio homosexual" no era un matrimonio, o que no consideraba conveniente para los niños que los adoptaran parejas homosexuales. No lancé ningún insulto ni desprecio contra estas personas, pero las campañas con acusaciones de "homófobo", "violador de los derechos humanos" y adjetivos similares en internet o en medios convencionales fueron amplias, y de vez en cuando reverdecen.

Como periodista y responsable de difusión de varias organizaciones familiares y sociales he vivido en directo cómo se silencian actividades de entidades de ideario cristiano, sean confesionales o no. En cierta ocasión el presidente de Metges Cristians de Catalunya, Fernando García-Faria, comentaba que "si los medios de comunicación explicaran sólo el 3 por ciento de las cosas que hacemos estas entidades los llenaríamos". Pero sus comunicaciones y notas de prensa raramente ven la luz. A veces quizás porque no son noticia, otras por voluntad de marginación.

He visto agresiones físicas reiteradas contra personas que se manifestaban pacíficamente contra el aborto; he sido protagonista de debates en radio y televisión en que algún interlocutor quería descalificar de entrada las posiciones que exponíamos simplemente porque éramos "católicos", aunque no hubiésemos utilizado ningún argumento religioso sino solo de orden antropológico, social, científico, político, etc., como cualquiera de los restantes participantes. O, como seguramente muchos de los lectores, fuimos testigos de burlas o insultos al Papa en sus viajes a España, o comprobado cómo se le ningunea en algunos medios informativos.

Estas pequeñas vivencias personales no justificarían escribir el libro, pero sin duda facilitan entender algunos hechos y, por ello, transmitírselos al lector.

* * *

El 11 de febrero, cuando este libro estaba en imprenta a punto de publicarse, el papa Benedicto XVI anunciaba por sorpresa su renuncia. Un hecho histórico de primera magnitud.

En este texto son muy amplias las referencias a Benedicto XVI, a su pontificado, a su doctrina referente a los temas que aborda el libro, y de forma especial a los duros ataques que sufrió relacionados con la persecución y el mobbing a los cristianos, así como a la forma en que actuó.

El legado de Benedicto XVI se analizará a fondo en los próximos tiempos. Para determinados aspectos, este libro se convierte en una aportación. Ciertamente imprevista.

D. A.

PROEMIO CRISTO YA LO ADVIRTIÓ

Jesucristo advirtió a sus discípulos que padecerían persecución por causa del Evangelio, y que serían piedra de contradicción. Las citas al respecto en los Evangelios son muy numerosas, más de veinte. Basten algunas: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn 15: 20). "Seréis odiados por todos por causa de mi nombre" (Mc 13: 13). "Os envió como ovejas en medio de lobos; sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entreguen no os preocupéis cómo o qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará por vosotros. El hermano entregará el hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre; el que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mt 10, 16-22). "Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos y unos y otros se harán traición y se aborrecerán, y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos, mas el que persevere hasta el fin este será salvo" (Mt 24, 9-13).

Tras la muerte de Cristo, no tardarían las persecuciones a sus discípulos. Las primeras, de los propios judíos. Ahí están, como más conocidas, las de Esteban, protomártir, y del apóstol Santiago. O las que protagonizó Saulo, quien luego sería el gran apóstol. Las continuaron los gentiles. Pueden encontrarse referencias a ellas en Hechos 4,5 ss; 5. 21 ss; 6, 12 ss; 22, 30; 23, 1 ss; 2 Cor. 11,24.

Seguirían las de los emperadores romanos, destacando las propias muertes de Pedro y de Pablo en el año 67, bajo el imperio de Nerón.

A lo largo de los siglos, todas las generaciones de cristianos han sufrido alguna hostilidad, aunque no siempre con la misma virulencia. Justo es decir que no pocas veces los cristianos fueron perseguidores de los fieles de otras religiones.

De una u otra forma, habrá persecución y hostilidad hasta el fin de los tiempos, aunque sus formas varíen. Sin ir más lejos, centrándolo en los últimos años, miles y miles de cristianos han muerto por persecuciones en los años 2011 y 2012. En el primero de ellos, entre los que perdieron la vida evangelizando había 26 agentes pastorales: 18 sacerdotes, 4 religiosas y 4 laicos, según el Informe Anual de la Agencia Fides. Por otro lado, han sido muchísimos miles los cristianos que han sufrido burlas, escarnios o marginación en carne propia aunque no peligrara la vida. Incluso en sociedades consideradas tolerantes el cristiano debe nadar contra corriente. El simple vivir y mantenerse fiel en una sociedad con vida moral deteriorada ya implica esfuerzo y contradicción día tras día.

La persecución por causa de Cristo conlleva el sufrimiento del perseguido pero, paradójicamente, su felicidad y el camino hacia la gloria. Paul Claudel escribió que Jesucristo no ha venido a suprimir el sufrimiento, sino a acompañarlo con su presencia. Es una ventaja aceptar de antemano que va a haber problemas y asumirlo.

La respuesta que debe dar el cristiano, si quiere seguir a su Maestro, es bien sabida, la de perdonar y responder con amor a la persecución o la hostilidad: "Tratad a los demás de la manera que vosotros queréis ser de ellos tratados. Si amáis a los que os aman, ¿qué gracia tenéis?".

Completando el guión, y siempre en la paradoja que implica ser cristiano, Cristo dijo: "Yo he vencido al mundo".

PRIMERA PARTE
ENTRE LA FE Y LA RAZÓN

MÁS DE 100.000 MUERTOS AL AÑO

El mayor experto del mundo en estadísticas religiosas, David B. Barrett, calculó que desde la muerte de Jesucristo hasta el 31 de diciembre de 2000 han sido asesinados en el mundo unos 70 millones de cristianos, de los cuales 45 millones lo fueron en el siglo xx.

Dicho experto cifraba en unos 105.000 los producidos en el año 2011, lo que significa que muere un cristiano a causa de su fe cada cinco minutos. Los causantes de la casi totalidad de tales víctimas son el comunismo, el fundamentalismo islámico, los nacionalismos y tribalismos de base religiosa y el laicismo.

¿De dónde surgen tales cálculos? Los da el estadounidense Center for Study of Global Christianity, que estaba dirigido por David B. Barrett, fallecido en agosto de 2011. Este centro publicó periódicamente la World Christian Encyclopedia y el Atlas of Global Christianity. En 2001, Barrett y su colaborador Todd M. Johnson, empezaron a recoger también estadísticas sobre mártires cristianos. En su obra World Christian Trends AD30-AD2200 trataron de calcular el número total de mártires cristianos y de otras religiones en los dos primeros milenios del cristianismo.

El volumen de 2001 revelaba que en los dos primeros milenios los mártires cristianos habían sido unos 70 millones, de los cuales unos 45 perdieron su vida en el siglo xx. Cifras de tal magnitud provocaron discusiones, rechazo, incluso comentarios irónicos, pero tal debate permitió confirmar el carácter riguroso del estudio.¹

Desde entonces, Barrett y Johnson actualizaron todos los años los cálculos de los mártires, sin modificar el criterio ni la definición. Llegaron a ser a mediados de la década 2000-2010 unos 160.000 al año.

1. El autor de este libro, que era muy consciente desde hace años de la magnitud de la persecución de los cristianos, confiesa que tales cifras de la persecución de los últimos años le parecieron desproporcionadas la primera vez que las leyó. Pero tras haber contrastado las fuentes y conocer la solvencia de los autores del estudio no tiene argumentos para negar lo que dan los expertos.

En el artículo titulado “Cristianismo 2011: mártires y resurgimiento de la religión”, publicado en enero de 2011 en la revista *International Bulletin of Missionary Research*, se afirmaba que el número de mártires descendió respecto a unos años atrás, “en particular porque la persecución en el Sur del Sudán se mitigó tras los acuerdos de paz de 2005”. Sin embargo se hacían más agudos otros focos de martirio, como la República Democrática del Congo y Corea del Norte.

Haciendo una prospectiva en base a los datos de los años precedentes, Barrett y Johnson calculaban que en el año 2011 morirían unos 100.000 mártires.

Esta cifra es más moderada de la que daban los sociólogos norteamericanos Brian J. Grim y Roger Finke en su libro *The Price of Freedom denied*. Aplicando la teoría sociológica de la economía religiosa a las persecuciones religiosas y sus consecuencias sociales, concluían que el número de mártires cristianos en 2011 y siguientes podría estar entre 130.000 y 170.000 al año.

Aceptando el dato más moderado, el de unos 105.000, resulta que mueren por su fe unos 287 cristianos al día, o sea unos doce por hora. Y, por tanto, uno cada cinco minutos.

Tales cifras fueron presentadas por Massimo Introvigne, exrepresentante de la OSCE (Organización para la Seguridad y Cooperación Europea) en la lucha contra el racismo, la xenofobia y la discriminación, con especial atención a la intolerancia y discriminación de los cristianos y de otras minorías, en la conferencia sobre diálogo interreligioso entre cristianos, judíos y musulmanes que se celebró en Budapest a principios de junio de 2011, organizado por la entonces presidencia húngara de la Unión Europea.

Una cifra de tal magnitud provocó una oleada de críticas e incluso de comentarios irónicos, sobre todo por parte de miembros de la Unión de Ateos y Agnósticos Racionalistas, pero el representante de la OSCE afirmó: “Si no se gritan al mundo estas cifras de las persecuciones de los cristianos, si no se detiene la matanza, si no se reconoce que la persecución de los cristianos es la primera emergencia mundial en materia de violencia y discriminación religiosa, el diálogo entre las religiones solo producirá hermosos congresos, sin resultados. Quien esconde los números quizá, simplemente, busca no hacer nada para detener la matanza”.

La definición de “mártires cristianos” que dan Barrett y Johnson es: “Creyentes en Cristo que han perdido la vida prematuramente, en la situación de testigos, como resultado de la hostilidad humana”. Los autores explicaron que perder la vida en situación de testigos no implica juicio alguno sobre la santidad personal del mártir, sino que significa simplemente que ha sido asesinado por ser cristiano, no por ser víctima de una guerra o de un genocidio por motivaciones étnicas o políticas, pero no religiosas.

Introvigne aclaraba que las muertes de aquellos cristianos no son “técnicamente” martirios, pero son personas asesinadas porque son cristianas, y no por otras razones. Afirma, a la vez, que los europeos no somos conscientes de